

1. CONTEXTO HISTÓRICO

1.1. El fin de la Edad Antigua (s. III-V)

a) La caída del Imperio Romano

El Imperio Romano padeció una severa crisis a lo largo del siglo III debido a diversos factores: la corrupción de magistrados y funcionarios del estado; la difícil gobernabilidad del Imperio debido a su enorme extensión y complicadas comunicaciones; el final de las conquistas motivó que dejasen de ingresarse muchas riquezas; para compensar la pérdida se aumentaron los impuestos; por ello, mucha gente reempobreció y los negocios de artesanía y comercio se debilitaron; al mismo tiempo, aumentó la presión de los pueblos bárbaros sobre las fronteras; se desarrolló el bandolerismo y creció la inseguridad; con el fin de garantizar las necesidades básicas y la seguridad muchas personas emigraron al campo, las ciudades se despoblaron y la sociedad se ruralizó.

Los diversos emperadores tomaron medidas para paliar la crisis, pero tras un período de breve esplendor durante el siglo IV, entre Constantino y Teodosio, éste terminó por dividir el Imperio en dos partes, cada una de ellas para uno de sus hijos: Oriente, con capital en Constantinopla, y Occidente, con capital en Roma.

El Imperio de Occidente no pudo resistir las oleadas de los pueblos bárbaros. A principios del siglo V los visigodos recorrieron el Imperio a sus anchas y saquearon Roma en el 410. Poco después, empujados por la presión de los hunos, los pueblos germanos entraron de manera masiva y conquistaron el Imperio, que desapareció definitivamente en el 476, y en su lugar aparecieron numerosos reinos germanos, como los ostrogodos (Italia), los francos (Francia), los visigodos (España), alemanes, anglosajones, lombardos, etc.

b) Cristianismo e Iglesia

El cristianismo había obtenido su carta de ciudadanía en el año 313, cuando Constantino decretó la libertad religiosa en el Imperio. Trataba de poner fin a las inútiles persecuciones contra los cristianos que tantas energías y recursos del Imperio estaban consumiendo. Esto permitió que la fe cristiana se extendiese por todo el Imperio y por todas las capas sociales, hasta convertirse en la religión mayoritaria. La Iglesia pasó a ser una institución adaptada al Imperio, poderosa e influyente. Tanto es así que, para cohesionar el Imperio y dotarle de la unidad necesaria para afrontar la crisis, Teodosio, en el 380, declaró al cristianismo, como religión oficial, es decir, obligatoria. Un siglo más tarde, cuando el Imperio se derrumbó, la Iglesia quedó en pie como la institución, en cierto modo, heredera y continuadora del Imperio Romano. Ella condujo las riendas del nuevo camino por el que empezaba a discurrir la historia de Occidente.

Y es que los nuevos gobernantes germanos tenían ahora que gobernar países enteros que llevaban siglos organizándose según el modelo administrativo y las leyes

del Imperio Romano. Sus estructuras tribales no eran adecuadas para dirigir estos reinos, por lo que necesitaron ayuda en las tareas de gobierno. Esa ayuda la recibieron de la Iglesia. En primer lugar, la Iglesia era una institución que se había organizado territorial y administrativamente siguiendo las estructuras romanas. Segundo, sus dirigentes (sacerdotes y obispos) tenían la formación y la experiencia suficientes para dirigir los asuntos públicos. Y tercero, la fe cristiana se convirtió en la mejor argamasa para unir la población romana con la germana, y facilitar así la unidad política. En definitiva, se puede decir que la Iglesia asumió el gobierno de los nuevos reinos junto a la clase dirigente germana.

1.2. La Alta Edad Media (s. VI-X)

a) Las tres zonas políticas

Tras la caída del Imperio Romano de Occidente, en Oriente, el Imperio Romano con sede en Constantinopla pasó a llamarse Imperio Bizantino. Este imperio supo contener las invasiones de los pueblos bárbaros y mantener la herencia romana. Poco a poco el Imperio Bizantino quedó impregnado de la cultura griega y se fue orientalizando. Sus relaciones con los reinos de Occidente fueron a menudo conflictivas. Desde el punto de vista religioso, el cristianismo llegó a escindirse en dos (Cisma de Oriente). El Imperio Bizantino pervivió hasta el año 1453 en que Constantinopla fue conquistada por los turcos musulmanes.

Mientras tanto, el Occidente los diferentes reinos germanos se iban asentando progresivamente. Uno de esos reinos, el franco, y bajo el mandato de Carlomagno, realizó numerosas conquistas, tales que Carlomagno creyó llegado el momento de restaurar el antiguo Imperio Romano: se hizo coronar emperador por el papa León III en el año 800. Sin embargo, el Imperio Carolingio se fragmentó de nuevo en tres reinos en el siglo IX, mientras nuevas oleadas de invasores, sobre todo vikingos y eslavos, sembraban el pánico por todos los reinos occidentales.

Paralelamente a estos hechos, en Arabia se había formado otro imperio, el islámico. Mahoma, tras predicar la obediencia a Alá, el único Dios, emprendió una serie de conquistas que sus sucesores extendieron por el norte de África hasta la Península Ibérica, y hasta Asia Menor e Irán. Durante siglos, el mundo conocido quedó dividido en dos bloques, la Cristiandad y el Islam, que se enfrentaron sangrientamente entre sí pero que, en ocasiones, se relacionaron de forma pacífica y fructífera, especialmente desde el punto de vista cultural.

b) El feudalismo

Circunscribiéndonos a Occidente, poco a poco aparece una nueva forma de organización social, política y económica denominada feudalismo.

El feudalismo tiene su origen en el señorío territorial, que es un territorio gobernado por un señor y en el que prácticamente detenta todo el poder: hace leyes, imparte justicia, cobra impuestos, tiene un ejército, es dueño de la mayoría de las tierras, y sus habitantes dependen de él en mayor o menor medida.

El origen del señorío territorial se debe a múltiples causas: por un lado, las monarquías gobernantes eran cada vez más débiles y su poder no era efectivo en todo

su territorio, por lo que cedían tierras y competencias a los nobles, que terminaron por ostentar un poder autónomo; por otro lado, ante la creciente inseguridad, las personas se adscribían a un señor poniéndose bajo su protección a cambio de entregarle sus tierras o prestarle determinados servicios. Los habitantes del señorío se encargaban de producir todas las cosas necesarias. Así, el feudo, el territorio del señor, era políticamente independiente y económicamente autárquico.

Progresivamente, la sociedad se fue configurando según relaciones de dependencia. Una relación de dependencia es un pacto de vasallaje por el que una persona de una clase inferior se somete a otra persona de clase superior realizándose un intercambio mutuo. Por ejemplo, un noble recibe tierras de otro noble o del rey a cambio de fidelidad y apoyo militar; un caballero presta servicio de armas a un noble a cambio de sustento; un campesino recibe protección a cambio de dar sus tierras y trabajar para el señor; etc.

Por lo demás, la sociedad queda estructurada básicamente en tres estamentos: *oratores*, clase dirigente en una sociedad fuertemente influenciada por la religión; los *bellatores*, clase noble que gobierna y hace la guerra; los *laboratores*, campesinos y siervos de diversa índole que procuran los recursos demandados por los otros estamentos.

c) Supervivencia de la cultura

Gran parte de la rica y extensa cultura de la Edad Antigua desapareció con las invasiones y el asentamiento de los pueblos germanos. No obstante, parte del saber y la cultura fueron transmitidos a la posteridad por los monjes.

Los monjes eran cristianos que vivían en comunidad dedicándose, según la Regla de San Benito, a la oración, el estudio y el trabajo. Los monasterios se convirtieron en unidades agrícolas y artesanales pero, sobre todo, en centros culturales en los que se conservaron, copiaron y transmitieron muchas obras clásicas. Además, en los monasterios estaban prácticamente las únicas escuelas de la época y allí recibieron la educación los hijos de las clases dirigentes.

Cabe destacar un intento, no directamente vinculado a los monasterios sino a la corte, por dinamizar la cultura. Así, Carlomagno creó la Escuela Palatina en Aquisgrán y reunió a los más doctos sabios del momento, dirigidos por Alcuino de York. Se formó una gran biblioteca y se copiaron libros que se llevaron a otras bibliotecas, difundiendo el saber por buena parte de Occidente. Se estructuró un plan de estudios denominado *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) que pervivió varios siglos. Muchas personas estudiaron y se formaron allí, al tiempo que se estimuló la creación de otras escuelas en catedrales y monasterios. El fin del Imperio Carolingio supuso un grave retroceso en la cultura y el inicio de una edad oscura que no vería la luz hasta el siglo XI...

1.3. La Plena Edad Media (s. XI-XIII)

a) Renacer urbano y cambio social

El siglo XI asistió a una serie de hechos que cambiarían poco a poco el panorama de la Alta Edad Media. Ante todo, el fin de las invasiones inauguró un

período de paz y estabilidad que estimuló considerablemente del comercio. Al mismo tiempo, nuevas invenciones técnicas (arado, roturación etc.) permitieron un desarrollo notable de la agricultura. Se produjo un importante crecimiento demográfico en toda Europa. Todo ello contribuyó a la revitalización de muchas ciudades y a la aparición de otras nuevas.

Con el renacer de las ciudades se extiende y asienta una nueva clase social: los burgueses. Los burgueses rompen con el esquema territorial del feudo ya que escapan al control del señor y gozan de autonomía; socialmente son una clase ajena a la jerarquía impuesta por la nobleza de sangre y los lazos de dependencia, haciendo valer más la fortuna y el éxito personal; culturalmente, las ciudades constituyen el ambiente propicio para abrir la mente a nuevas ideas, estimular la ciencia, el pensamiento etc.

b) Las monarquías centralizadas

Pasados los primeros siglos medievales, las monarquías de los diferentes reinos de Occidente poco a poco intentan recuperar el poder que han perdido a manos de los nobles. En su intento se van a aliar con los burgueses, que aportan su dinero y la fuerza de las ciudades, a cambio de privilegios jurídicos y el apoyo de los reyes.

Así mismo, se recupera y revitaliza el Derecho Romano, que dota de un instrumento de poder a los reyes frente a los nobles, al estado central frente a los poderes locales. Así, las monarquías van recuperando el poder en ámbitos públicos que habían quedado en las manos privadas de los nobles, sobre todo la hacienda, la justicia y el ejército.

No obstante, este proceso fue muy lento y estuvo plagado de enfrentamientos y duras luchas entre monarquía y nobleza.

c) La sociedad teocéntrica

La sociedad medieval es teocéntrica, es decir, toda ella gira en torno a Dios y la religión. Se considera que Dios es el origen y fin de todo lo creado y de cuanto sucede en la historia. El hombre es una criatura que está a su servicio y debe adorarlo y obedecerle en todas sus disposiciones. La misma sociedad debe ordenarse según la voluntad divina siguiendo sus mandamientos.

Se entiende así que en esta época no haya distinción entre la esfera civil y religiosa y, por tanto, tampoco haya separación de poderes. Por un lado, el papa, máximo representante de Dios en la tierra, ostenta el poder espiritual y pretende que todo poder temporal (emperadores, reyes, príncipes y nobles) quede bajo su control. Por su parte, los distintos gobernantes, detentadores del poder temporal, sobre todo el emperador, aspirarán a controlar el poder espiritual y ponerlo a su servicio. En todo caso, tanto unos como otros consideran que la sociedad debe estar impregnada de un profundo espíritu religioso en todas las esferas de la vida. Es propio de la mentalidad de la época procurar que todo Occidente sea comprendido como una unidad política-espiritual conocido con el nombre de "cristiandad".

Así mismo, es propio de estos siglos el afán por extender la fe cristiana, considerada como la única verdadera, a todos los territorios conocidos, particularmente a los Santos Lugares (Palestina-Jerusalén) que se encuentran bajo el dominio de los musulmanes, dando lugar a las Cruzadas.

En el siglo XIII el papado, en la persona de Inocencio III, alcanza el apogeo de su poder. La Iglesia posee tierras, riquezas, ejércitos, y domina al poder temporal y pues prácticamente todos los gobernantes son vasallos dependientes del papa. Expresión de este estado de cosas es la creación de la Inquisición en 1231 por Gregorio IX con el fin de perseguir a los herejes.

d) La cultura

Esta época se caracteriza por el esplendor del arte románico, el primer estilo arquitectónico monumental de Occidente. Florece durante los siglos XI-XIII y se caracteriza por el uso de la bóveda de cañón, edificios bajos de gruesos muros y pilares, contrafuertes y pequeñas ventanas. La escultura es decorativa y didáctica, alcanzando su mejor expresión en los capiteles historiados. La pintura, generalmente mural, presenta un estilo esquematizado y de temática casi exclusivamente religiosa.

Por otro lado, la Plena Edad Media asiste al nacimiento de las universidades. De las antiguas escuelas monásticas y catedralicias, y al calor del nuevo ambiente gestado en las ciudades, surgen estas asociaciones gremiales de profesores y estudiantes, con estatutos y privilegios propios, que pronto se extienden por toda Europa, destacando las de Bolonia, París y Oxford. Promovidas por y bajo el control de la Iglesia y las Órdenes Religiosas (dominicos, franciscanos...), las universidades fueron los centros por excelencia del saber y la investigación.

También es la época en que diversos autores judíos (Maimónides) y sobre todo árabes (Averroes, Avicena), transmiten gran cantidad de obras de Grecia y Roma. De manera especial, las obras de Aristóteles llegaron a Occidente por esta vía y causaron una auténtica revolución tanto en la filosofía como en la teología.

Finalmente, se desarrolla la filosofía escolástica. La filosofía escolástica es aquella reflexión que se mantiene dentro del ámbito del dogma católico. Se trata de armonizar los contenidos de la fe con la razón. Ejemplo de grandes pensadores de la época son Buenaventura, Alberto Magno o Tomás de Aquino.

1.4. La Baja Edad Media (s. XIV-XV)

Los dos últimos siglos medievales se caracterizan por la aparición de síntomas que preludian el fin de una época y el lento pero firme surgimiento de una etapa nueva en la historia de la humanidad.

a) Los estados modernos

Las monarquías van asentando su poder y construyen reinos cada vez más centralizados. El poder de los nobles desciende notablemente mientras el estado abarca cada vez más todos los ámbitos.

b) Los pensadores críticos

La síntesis armónica entre fe y razón que se había alcanzado durante el siglo XIII es rota por pensadores que considera que dicha relación es inviable y que razón y fe no se pueden compenetrar entre sí. Buen ejemplo de ellos son las obras de Duns Escoto o Guillermo de Ockham.

c) El gótico

Este cambio se nota también en el arte, que da paso al gótico. Su arquitectura gusta del arco apuntado y la bóveda de ojiva; se construyen edificios elevados, con grandes ventanales y vidrieras prodigiosas. La escultura es cada vez más naturalista y humanizada. La pintura es menos mural, proliferan las tablas, el perfeccionismo de las miniaturas y la aparición de temáticas más civiles.

2. CONTEXTO FILOSÓFICO

2.1. Las relaciones fe-razón

a) Origen del problema

La extensión del cristianismo a todos los ámbitos de la sociedad durante el Bajo Imperio Romano modificó el panorama de la filosofía. El cristianismo no es una teoría filosófica sino una religión. Es, además, una religión que se presenta como revelada por Dios, es decir, Dios mismo ha comunicado al hombre una serie de verdades que deben ser tenidas en cuenta para alcanzar la salvación. La revelación cristiana aparece personificada en la figura de Jesús de Nazaret y ha quedado fijada por escrito en la Sagrada Escritura (la Biblia). Dicha revelación es conservada, transmitida e interpretada por la autoridad competente, es decir, la jerarquía de la Iglesia. Es ésta quien actualiza y traduce la revelación a la sociedad en cada momento histórico y concreta las verdades reveladas en una serie de dogmas de fe y normas morales, que reciben el nombre de doctrina o magisterio eclesiástico.

Sin embargo, los cristianos, pese a contar con la verdad revelada, son personas con capacidad racional, y esa misma razón es la que desea comprender y explicar racionalmente los contenidos de la fe. Máxime cuando dicha fe es criticada o minusvalorada por pensadores no creyentes, en cuyo caso los cristianos se vieron obligados a dar razón de su fe, creando obras diversas reunidas bajo el nombre de "apologética". Por otro lado, muchos de los cristianos eran ya anteriormente personas muy bien formadas, sabios y eruditos del momento, que no renunciaron a la razón por haberse convertido al cristianismo. Todo esto hizo que se viera la necesidad ineludible de compaginar y armonizar los contenidos de la fe con la razón, esto es, la teología con la filosofía.

b) La solución agustiniana

Algunos autores cristianos, temerosos de someter la fe al dictado de la razón, proclamaron que la razón era fuente de herejía, que no era posible explicar las verdades reveladas de forma racional, más aún, que incluso el mero intento de hacerlo suponía adulterar y manipular la fe racionalizándola. Dicho con otras palabras, el misterio de Dios no podía ser sometido al estudio de la razón.

No obstante, esta postura fue minoritaria y marginal. La mayoría de los pensadores cristianos siguieron la senda que dibujara san Agustín, un camino que intenta armonizar la fe y la razón.

Así, Agustín pensaba que la fe y la razón tenían como misión el esclarecimiento de la verdad única y que ambas jugaban su papel en esta tarea. Como cristiano, Agustín

estaba convencido de que la verdad se había revelado plena y perfectamente en la persona de Jesucristo, había quedado consignada en la Sagrada Escritura, la Iglesia era su autorizado intérprete, y sólo era alcanzable de manera completa a través de la fe. Por su parte, la razón es un don de Dios al hombre, una facultad positiva que le permite al hombre acceder y comprender en parte el misterio de Dios. Al fin y al cabo, somos seres racionales porque así nos ha querido y creado el mismo Dios, a imagen y semejanza suya.

La interrelación entre razón y fe es la siguiente. En primer lugar, la razón contribuye a aceptar que las verdades de fe, puesto que provienen de Dios, son razonables, no son ideas disparatadas o absurdas, sino que tienen la posibilidad de ser razonadas, creíbles para la razón: es legítimo creer. Acto seguido, la fe ayuda e ilumina a la razón a alcanzar la verdad, ya que la verdad plena es Dios mismo y a Dios se llega por la fe (no por la fuerza humana, la razón). Así, la fe, al iluminar a la razón, no la anula, sino que la ayuda a alcanzar la meta de la verdad. Finalmente, una vez se han conocido las verdades de la fe, la razón ayuda a profundizarlas, conocerlas mejor y así poder exponerlas y comunicarlas. Por eso decía san Agustín: "Comprende para creer, cree para comprender".

De este modo, la razón se utilizó como una herramienta, una técnica al servicio de la teología ("la filosofía es esclava de la teología").

c) El problema derivado del aristotelismo

Antes del siglo XIII las relaciones entre fe y razón se entendieron al modo agustiniano. Pero al llegar el siglo XIII y conocer el aristotelismo por medio de los pensadores árabes, fue imposible seguir con esta valoración de la razón. Y es que el aristotelismo, y las obras filosóficas de corriente aristotélica de Avicena y Averroes, demostraban que la razón es una facultad que, por sí sola, puede proporcionar al hombre una visión completa, unitaria y razonable del universo que, además, puede ser incompatible con la fe. Esto hizo que los pensadores cristianos se vieran en la necesidad de separar, distinguir la filosofía de la teología, aunque se procurase después armonizarlas.

d) La solución tomista

El primero en realizar esta labor fue san Alberto Magno, religioso dominico, maestro de santo Tomás de Aquino. Sería éste quien mejor sabría articular y expresar la concordia entre razón y fe.

Santo Tomás comienza separando nítidamente la razón y la fe como dos disciplinas distintas e independientes. Así, la filosofía tiene su objeto de estudio propio y su particular método de trabajo. En los contenidos propios de la razón, ésta puede alcanzar por sí sola la verdad sin ninguna ayuda de la fe. También la teología tiene su objeto y su método. Ambas son autónomas.

Sin embargo, hay temas, hay contenidos que son objeto de estudio por ambas disciplinas. Cuando el objeto de la filosofía y la teología coinciden, cose que ocurre con cierta frecuencia, necesariamente tiene que existir coincidencia, dado que la verdad es una. Dios ha creado al hombre como ser racional y también le ha comunicado su revelación: no puede ser que le diga una cosa por vía racional y otra distinta por vía

revelada. Por tanto, en dichos temas comunes no podrán llegar a conclusiones distintas. Si así ocurre, algo falla. Según santo Tomás, es evidente que en esos contenidos hay una concordancia complementaria.

¿Cómo es la relación entre ambas disciplinas cuando coinciden en los mismos temas? Aquí la exposición es semejante a la de san Agustín. Según santo Tomás, la razón ayuda a la fe demostrando que es racional creer; ilustrando las verdades de la fe que son asequibles a la razón; y haciendo ver que los misterios de la fe están más allá de la razón, pero no se oponen a ella. Por su parte, la fe ayuda a la razón mostrándole de manera más rápida y anticipada la solución a determinados problemas difíciles para la razón; confirmando con la revelación divina lo que descubre la razón por sí sola; y actuando como criterio extrínseco de validación.

e) La ruptura bajomedieval

A pesar de esta síntesis tomista, el siglo XIV desapareció la confianza en la posibilidad de armonizar la filosofía y la teología. Influidos por el ambiente de valoración de lo individual y particular y de la observación empírica, muchos pensadores (sobre todo en la universidad de Oxford) pensaron que el único conocimiento capaz de hablar de lo real y garantizar la existencia de dicha realidad era el conocimiento sensible. El conocimiento abstracto, típico del aristotelismo, sólo es capaz de establecer relaciones entre ideas, conceptos, sin ninguna garantía de que dichas ideas y relaciones se den efectivamente en la realidad.

Consecuentemente, todas las verdades que atañen a la fe, los contenidos de la doctrina cristiana, de ningún modo son asequibles a la razón. Los contenidos de fe sólo se pueden fundamentar sobre la revelación y ninguna explicación racional contribuye a alcanzarlos o conocerlos mejor. Es más, y recuperando las posiciones más extremas de algunos primeros cristianos, estos pensadores opinan que el intento de usar la razón para acceder o explicar la fe sólo contribuye a manipularla y tergiversarla.

2.2. El problema de los universales

a) Boecio o el origen del problema

En los inicios de la Edad Media Boecio compuso una obra sobre Lógica que intentaba aunar el Isagoge del platónico Porfirio y los Primeros Analíticos de Aristóteles. El platonismo presente en su obra lleva a pensar que las ideas universales (formas o esencias) poseen una existencia separada, real, más allá de este mundo, en un mundo transcendente e inteligible. En cambio, su aristotelismo le lleva a afirmar en otras ocasiones que es imposible que las ideas universales existan más que en su unión íntima e inseparable con las cosas particulares sensibles. Queda así planteado el problema: las ideas universales ¿existen sólo en la mente o subsisten como realidades?

b) Las posiciones extremas

Sobre todo a partir del siglo XI el problema de los universales dio origen a múltiples y agrios debates entre los pensadores del momento, cuyas posturas terminaron polarizándose en dos.

Por un lado, los realistas, con Guillermo de Champeaux a la cabeza, creían que los universales existen en la realidad, son entes reales subsistentes (sustancias) y existirían igual si no existiesen los diversos individuos particulares.

Por otro lado, los antirrealista, acaudillados por Rosceline de Compiègne, defienden que los universales sólo existen en la mente y no corresponden con ningún objeto o ente de ningún tipo. En la realidad sólo hay individuos particulares, y los universales son meras palabras.

c) Las posiciones intermedias

El primer autor que ensayó una postura concordante de cierta aceptación fue Pedro Abelardo en el siglo XII. Según él, los conceptos sólo existen en la mente y son universales porque pueden predicarse de varios individuos particulares. Lo único que existe son esos individuos particulares. Ahora bien, esa universalidad que indican los conceptos se justifica porque hay algo en las cosas que provoca su nacimiento, un algo que es llamado por Abelardo "comunidad de estado" de las cosas individuales o "estado común".

La solución que más aceptación obtuvo fue la propuesta por santo Tomás, una solución que es claramente aristotélica. Santo Tomás, con Aristóteles, admite que sólo existen los seres individuales, particulares (sustancias primeras), compuestos de manera indisoluble de materia y forma. La mente realiza un proceso de abstracción, esto es, abstrae la forma separándola de la materia. Los universales se fundamentan en la realidad en tanto que existen en cada ser individual como parte del compuesto hilemórfico. Los universales, en cuanto conceptos, sólo existen en la mente como ideas, pero son fundamento de las cosas ya que realmente "están en" cada individuo particular. Por otro lado, los universales, en cuanto formas que están en la mente de Dios, tienen una existencia en su pensamiento.

d) La ruptura de la armonía

Guillermo de Ockham participó en esta disputa tomando partido a favor de los antirrealistas. Sostiene que los universales no son esencias que existan ni en la mente divina ni en la realidad mundana: tan sólo son simples términos conceptuales, meros nombres que se ponen en y ocupan el lugar de las cosas. Por eso su teoría se denominó "nominalismo".

Según Ockham hay dos tipos de conocimiento. El conocimiento intuitivo es un conocimiento directo, inmediato, que capta por los sentidos cada ser concreto y particular, en tanto que dichos seres individuales están ahí delante, presentes. Este es el único conocimiento veraz y válido para hablar de la realidad. El conocimiento abstracto tiene como objeto, no los seres individuales sino las ideas y sus relaciones, y opera mediante el discurso racional. No hay ninguna garantía de que lo que la mente piensa exista realmente. De lo pensado por la mente sólo es real aquello que sea verificado posteriormente por la evidencia sensible.

Continúa Ockham asegurando que, cuando conocemos, ponemos nombres a las cosas. El nombre es puesto para hacer las veces de esa cosa, ocupar su lugar en el discurso, es decir, para significar. Según él hay tres tipos de significación. En la significación material el término se refiere a sí mismo en cuanto término (por ejemplo:

hombre es masculino singular). En la significación personal el término se refiere a un ser concreto, individual (por ejemplo: ese hombre está corriendo). En la significación simple el término suplanta, sustituye y hace las veces de varios individuos particulares (por ejemplo: el hombre es racional).

En este último uso de la significación se plantea el problema. Cuando usamos un nombre para referirnos a varios seres individuales en su conjunto o globalidad, desdeñamos la realidad más genuina que me llega por la intuición sensible, que es cada ser en su individualidad. Por tanto, lo que estoy nombrando (el conjunto de varios individuos) es algo confuso, indeterminado, y, por tanto, conocido imperfectamente. El conocimiento es distinto, es decir, claro y perfecto, cuando puedo captar y nombrar a cada cosa particular en su individualidad, con nombre propio. En cambio, el conocimiento es confuso cuando, al referirme a un objeto, no lo distingo de otros objetos sino que me refiero a él con un nombre común. En conclusión: la universalidad no es más que una propiedad que tienen los nombres para hacer las veces de un ser individual cuando éste está siendo conocido de forma confusa e imperfecta.